

JACI REGIS

COMPORTAMIENTO ESPIRITA

2

COMPORTAMIENTO ESPIRITA



COLECCION
SINTESIS

EDICIONES CIMA

2

COMPORTAMIENTO ESPIRITA



JACI REGIS

JACI REGIS

JACI REGIS

Economista, periodista
y psicólogo clínico.

Reside en Santos, SP, Brasil.

Profundo pensador espírita.
Dirige el periódico "Abertura".

Obras publicadas:

Amor, matrimonio y familia.
Comportamiento espírita.
Del hombre y del mundo.
Caminos de libertad.
Murallas del pasado.

COMPORTAMIENTO ESPIRITA

Digitalização:
PENSE - Pensamento Social Espírita
www.viasantos.com/pense
Junho de 2013

INTRODUCCION

Comportamiento espírita

Montaje y Diagramación de texto:
Prof. Ubaldo Rodríguez

©1994, Editora Cultural Espírita León Denís C.A.
Apartado 3425 - Caracas (1010) - Venezuela.
I.S.B.N. 980-6372-07-7
Impreso por Epsilon Libros S.R.L.
Av. Las Palmas, Nº 41 - Boleita sur.
Caracas (1070).

El trabajo que presentamos es una apreciación brevíssima sobre el comportamiento, a la luz del Espiritismo.

Muchos se extrañarán de que no se indiquen reglas o directrices rígidas de conducta. El Espiritismo, con todo, es apertura plena para el espíritu, en cualquier posición en que éste se encuentre. nos dirigimos a los jóvenes, tanto como a los adultos, porque el periodo juvenil no puede ser considerado como un aprendizaje de irresponsabilidad, incapaz de promover posiciones definidas en la vida. Todo lo contrario: Es en esa situación que el espíritu

Impreso en Venezuela - Printed in Venezuela

encarnado asume su completa identidad y responsabilidad por los rumbos que ha de tomar.

En este breve y sintético ensayo, que ofrecemos a la consideración de todos y en especial de las personas jóvenes, pretendemos hacer resaltar que la Etica Espírita deviene naturalmente de su filosofía y que el espíritu, por encima de cualquier corriente de pensamiento, se encuentra ligado, indeleblemente, al código básico del Universo, que es la Ley de Dios, esculpida, como enseña *El Libro de los Espíritus*, en la conciencia de cada uno.

La universalidad del pensamiento espírita es una resultante de dicho entendimiento. Es preciso, sin embargo, no confundir universalidad con ausencia de criterios. Estos están delineados con precisión y objetividad en la Doctrina Espírita, al alcance de quien quiera aceptarlos y vivirlos.

La moral espírita, en síntesis, establece que el comportamiento auténticamente

espiritista es consecuencia natural de la buena asimilación de la doctrina, cuya vivencia, sin embargo, no está ligada a ningún esquema religioso que pretenda salvar o rescatar al hombre del pecado o del mal. Tan sólo lo estimula a equilibrarse con la Ley, que es el Bien, como condición necesaria e indispensable para que viva correctamente, ahora y siempre.

No faltarán objeciones a esta postura. Díriase que todo está en el aire; que subsiste una imprecisión para quien pretenda seguir la moral espírita; que sería útil un manual práctico, en el que se establecieran reglas generales.

Todavía es tiempo de espiritizar, o sea de asumir plenamente el papel que el Espiritismo vino a desempeñar al mundo. ese papel es el de facilitar al hombre conocerse a sí mismo y comprender que depende de su decisión comandar conscientemente su vida y el propio futuro.

Por eso nos proponemos colocar ideas y sugerir puntos para discusión. La obra del

Espiritismo es todo un compendio de comportamiento moral. Las reglas, entonces, deben emerger naturalmente de su asimilación. Y ello es tanto más importante cuando tenemos experiencia al respecto de la inocuidad y también de la contraindicación de cualquier compulsión o presión comportamental. Eso lleva a la excitación febricitante de los fanáticos o de los que distorsionan de tal manera su visión existencial que acaban por tornarse excéntricos, traumatizados e infelices, en tanto y cuanto procuran la dicha por caminos incorrectos.

Por fin, un abordaje al comportamiento no significa juzgamiento. Es una discusión abierta, simple y objetiva de las formas de interacción social y humana que resultan de la existencia y de la vida.

Tal nuestro propósito. Queremos tan sólo suscitar debates, comentarios y reflexiones. Para plantear entonces el análisis que pretendemos hacer, levantamos como hipótesis de trabajo, las siguientes cuestiones, que se desenvolverán en los capítulos de la obra:

- 1) ¿El comportamiento espírita es por naturaleza diferente o debe esforzarse por serlo?
- 2) ¿Si el Espiritismo no impone reglas, cómo debemos definir el comportamiento espírita?
- 3) Viviendo en el mundo, ¿cómo superar las exigencias, los desafíos, las necesidades, sin comprometerse espiritualmente?
- 4) ¿Cómo situarse frente al requerimiento de los excesos y vicios que están presentes y son estimulados en el mundo?
- 5) ¿De qué manera comprender y usar las fuerzas sexuales?

UN PERSONAJE EN TRANSICION

El comportamiento es la expresión de la individualidad, exteriorizada en actos, palabras, gestos, acciones e interiorizada como pensamientos, ideas, deseos, constituyendo lo que se llama la personalidad.

En la encarnación se admiten comportamientos específicos, propios de los distintos niveles de edad. Son la resultante de experiencias cristalizadas en la mente imperecedera y desencadenadas, en cada período de vida, de acuerdo a las circunstancias y condiciones del ambiente.

El hombre del siglo XX es un espíritu que acumuló vivencias en múltiples encarnaciones. Guarda un bagaje de experiencias que le delinean su estructura mental o perfil moral. Su comportamiento representa una variedad de estados emocionales, mostrando el nivel alcanzado por la individualidad permanente, a través de su personalidad en transición.

Considerando que la gran mayoría de espíritus que viven en el planeta Tierra vienen evolucionando en él desde hace mucho tiempo, formando una humanidad más o menos permanente, se entiende por la historia, que hemos alcanzado una etapa del proceso de crecimiento individual y colectivo en que los valores deberán definirse. Ahora bien, es necesario que el hombre asuma su naturaleza espiritual y desenvuelva en el plano de la vida terrena, nuevas formas de relacionamiento y revolucione su proyecto de vida, a partir de esas premisas espirituales dinámicas.

Es innegable que el Espiritismo propone una nueva visión de la vida y del hombre.

Y basado en esas ideas fundamentales es que se erguirá el comportamiento espiríta.

El Espiritismo, partiendo de las imprecisiones espiritualistas, concibe al hombre en la dinámica espiritual, en un proceso de crecimiento continuo, iniciado en la simplicidad e ignorancia, desenvolviendo potenciales naturales que le son propios. Así, el hombre es, esencialmente, un Espíritu Inmortal, perfectible, en constante desenvolvimiento interior y proyectándose continuamente en lo que se llama destino, que no es, mas que la acumulación de experiencias, en el tiempo y en el espacio.

El hombre es, pues, una unidad espiritual, que se expresa en el mundo por medio del cuerpo físico, en el proceso de la reencarnación, procurando desenvolverse interiormente a fin de asumir el comando de su propio destino.

Tal definición, sintética y directa, es, en sí misma, una proyección diferente, que desafía al comportamiento humano. Preciso

es entenderla, disecarla, para que produzca efectos concretos en el modo en que cada uno ve el objeto de la existencia.

En otras palabras, el Espiritismo ofrece al hombre una contribución fundamental para renovar sus conceptos existenciales y reestructurar el comportamiento social.

Por ello, en calidad de pionera, la comunidad espírita debe mostrarse coherente con esa nueva visión del ser humano y del objeto de su vida, testimoniando las dimensiones que se abren para la resolución de los problemas que envuelven la relación entre las personas y los pueblos.

Las soluciones empero, no pueden ser obtenidas con propuestas simplistas. Es preciso encarar la realidad de las estratificaciones sedimentadas en el campo mental de los individuos y proyectadas en las estructuras sociales.

La idea del espíritu es, todavía, una abstracción, algo que huele a penumbra, a

misterio. Modelado en la falsa concepción de lo concreto como única manifestación de lo real, el hombre se ve a sí mismo como un organismo. Por eso no se puede esperar, en lo inmediato, que se percate de su verdadera esencia.

Más que eso, el comportamiento es una expresión compleja, una proyección de ideas, conceptos, experiencias, aspiraciones en fin, de la filosofía que cada individuo desenvuelve a lo largo de su vida, considerada en su dimensión permanente.

Por otro lado, el hombre de nuestro siglo, como vimos, trae una historia, una ficha de aprendizaje, en la que están inculcadas normas, reglas, traumas y presiones a los que fue sometido durante el transcurrir de los tiempos.

En la cuestión de su naturaleza y el objeto de su vida, la importancia de los conceptos, ritos, prácticas y ordenaciones religiosas tiene un peso ponderable, decisivo. En verdad, la trayectoria humana

es una constante contradicción entre los principios religiosos y la condición natural. En virtud de esa circunstancia podemos, sin dificultad, hacer un listado de algunas posiciones asumidas, en el curso de la historia, por el pensamiento dominante, en relación al hombre en el contexto de la vida:

1) Las religiones tendieron, en cualquier tiempo, a negar al hombre la posibilidad de autodirigirse, condenándolo por el pecado, sometiéndolo al humor de los dioses y a la discriminación de sacerdotes e iglesias.

2) La familia fue estructurada de forma tal que se sofocara la individualidad, masificando al individuo, bajo la presión de los intereses del clan o de los grupos sociales.

3) El orden social viene impidiendo que la mayoría crezca independiente, ejercitando su voluntad. De tal suerte que las minorías, invariablemente, se han apoderado de la tierra y del resultado de los bienes producidos, haciendo la relación social básicamente injusta.

4) Para justificar esa acción depredadora se creó el derecho divino, en el cual algunos se decían agraciados por el nacimiento u otra forma cualquiera, con el mandato de Dios, confiriéndose ventajas y autoridad; vinieron castas, divisiones y discriminaciones, midiendo al hombre por los valores raciales, sociales y títulos y, sobre todo, por los patrones económicos.

5) La vida fué catalogada por las religiones como un misterio divino y por la ciencia, como un accidente biológico y el hombre como un reo prácticamente sin perdón, pues “no pidió nacer”, pero a pesar de eso, está sometido a toda especie de azares, restricciones y carencias.

Alcanzando el momento presente del crecimiento espiritual que nos es peculiar, comprendemos que todo está exigiendo cambios revolucionarios, básicos, definitivos.

Esta ansiedad natural de cambios, está en las reflexiones más urgentes de la sociedad y del individuo.

Todos aspiran a la libertad, paz, seguridad, igualdad. Entretanto: ¿Cómo conseguirlo? No ciertamente por vía de luchas armadas, que terminan por constituirse apenas en cambios de personas e ideologías, manteniendo la sofocación en que el hombre está, en nombre del progreso, del orden, del peligro externo, de la felicidad.

Creemos que el Espiritismo puede ayudar en la búsqueda de esa salida.

En épocas de crisis se convulsiona la mente y se hacen tumultuosas las relaciones sociales. La transición trae inseguridad. Lo que se creía cierto, las bases en que se apoyaba la estructura de la vida familiar y social se tornan movedizas, inestables. La creencia es sustituida por la duda. Nadie tiene certeza de lo que es y de lo que acontecerá.

La salida que el Espiritismo puede ofrecer es su visión del hombre y del objetivo de la vida. Todos los instrumentos doctrinarios apuntan hacia ese esclareci-

miento, a esa comprensión, que es lo que realmente importa.

Para los que aceptan la Doctrina Espírita como filosofía de vida, el problema reside en resolver cómo comportarse, para vivir sus revolucionarios principios, aquí y ahora.

Hace a la naturaleza de la Doctrina Espírita motivar al individuo a transformarse moralmente, porque ella disloca el centro de gravedad de los intereses humanos, en la medida que se dimensiona la existencia en términos que se expanden en el tiempo y en el espacio.

La cuestión debe ecuacionarse de manera que configure realmente una apertura dando a cada una de nuestras conductas, connotaciones revolucionarias, sea en la consistencia del contenido que las sustenta, así como en la forma de analizar, ver y sentir cada una de ellas.

Quiere decir que el camino elegido ha de recorrerse con un criterioso sentido de

equilibrio, pues al margen están las posiciones conflictivas. De un lado se sitúa lo que podemos llamar “convencional”, que se muestra incapaz de admitir el crecimiento del hombre, condenándolo, tornando las reacciones y actitudes naturales, sucias, impregnadas de pecado y envueltas en una sediciosa connotación de inmoralidad. Del otro, los que se juzgan “avanzados”, cuyo comportamiento es una mezcla de rebeldía contra las imposiciones “convencionales” y una insensata dependencia de actitudes impulsivas, negativas, radicalizándose en el materialismo irracional. Estos, si bien rompen el cerco oscurantista del pasado, proyectan sobre el presente la savia de la anarquía mental, de la irresponsabilidad.

De ahí la imperiosidad de pesar criteriosamente, repetimos, las opciones, cotejarlas con los principios filosóficos disponibles, para encontrar el punto de equilibrio, evitando condenaciones inocuas e inoportunas o adhesión precipitada a

comportamientos que revelan, por sobre todas las cosas, inmadurez.

Todo crecimiento real origina madurez. Este, sin embargo, no supone inflexibilidad de conducta o estratificación mental. Madurar espiritualmente es extraer resultados positivos de las experiencias vividas, es entender mejor por haber experimentado.

Madurar no es condenar u omitir. Es participar más activamente.

2

EL PROCESO DE CRECIMIENTO

La propuesta del Espiritismo relativa al comportamiento es dinámica. Eso significa, objetivamente, que el Espiritismo no nos sugiere cualquier modo de actuar que se exprese antinaturalmente o que suponga una posición alienada, o sea alejada de la realidad y transferida al más allá.

La comprensión de lo anterior es muy importante cuando sabemos que, por el hecho de tratar con los problemas del espíritu, de la mediumnidad y de la vida, en dimensiones no materialistas, el Espiritismo es considerado sobrenatural. La primera etapa supone todavía, demos-

trar que lo sobrenatural no existe e intentar situarnos en los niveles de la dinámica natural.

Como nos advierte “*El Libro de los Espíritus*” (Item 776), ley natural no es lo mismo que estado natural o de la naturaleza. Este es una condición primitiva, “es la infancia de la humanidad y el punto de partida de su desenvolvimiento intelectual y moral (. . .) La ley natural, por el contrario, rige a la humanidad entera y el hombre se mejora a medida que más la comprende y practica”. (Comentarios de Allan Kardec sobre la misma cuestión).

En otras palabras, la ley natural es el perfecto equilibrio que todos procuramos, a través del proceso de crecimiento interior que estamos realizando, desde el momento que fuimos creados, simples e ignorantes.

En muchos lugares se oyen sugerencias para que permanezcamos en estado natural, como si el espíritu, que es potencial, perfectible, tuviese que mantenerse estacionario en su relacionamiento, en su com-

portamiento y en el plano de su fuerza interior, comandado por impulsos, dirigido por instintos, despreciándose a sí mismo, mientras su mente fulgurante construye un mundo exterior cada vez más complejo y, tal vez, más injusto.

Es de André Luiz, por medio de Francisco Cândido Xavier, la frase: ‘El hombre para ayudar al presente, está obligado a vivir en el futuro de la raza’. Esta afirmación, incisiva y objetiva, puede también encontrarse en los versos de Geraldo Vandré.

“Quien sabe actúa ya.

No espera el acontecer”.

Tanto en una como en otra afirmación, vemos una invitación para que la conciencia del hombre se manifieste plenamente, en la construcción de su destino.

Hay, como sabemos, contestación a la posibilidad del hombre de ser libre. Sectores de la comunidad científica afirman que

la libertad no pasa de ser un mito, porque el hombre no sería más que un producto del medio, del condicionamiento educacional o social y, lo que más choca, sería esclavo de la tiranía biológica, genética.

La libertad esencial es negada, como se ve, porque cada uno de esos segmentos restringe al ser humano a lo biológico, a lo social, despreciando su naturaleza espiritual. Sin ese elemento, sin esa apertura, la criatura no pasa, realmente, de un reflejo biopsíquico, que brota, por procesos mecanicistas de reproducción, tal como la hierba, para una vida breve, solitaria e indefinida.

Incluso las teorías más humanistas, que estimulan al hombre a superarse, están desprovistas de una base sólida, porque no consiguen ofrecer sustentación a los llamamientos que hacen a la maduración, al dominio de sí mismo.

Una realidad, sin embargo, no puede ser negada: Es la de que el hombre posee cualidades que, en forma continuada,

destruyen las teorías mejor estructuradas que tratan de condicionarlo a modelos restrictivos. Si se pueden identificar ciclos repetitivos en el desenvolvimiento de la persona, principalmente en el dominio de las reacciones instintivas y fisiológicas, ha sido del todo imposible esquematizarlos en patrones rígidos.

Esa cualidad interior, indescifrable por los códigos de la Psicología puramente materialista, conductista y experimental y que desintegra las teorías sociológicas de la insuperable presión del medio como modeladora del carácter o asímismo de la llamada ingeniería genética, es la que garantiza al espíritu la posibilidad de alterar, en cualquier momento, el rumbo de su destino.

No seguiremos adelante en este análisis, sin volver a enfatizar que el Espiritismo concibe al hombre como una unidad compleja en la cual, no obstante ser soberano, bajo el punto de vista esencial, el espíritu participa de las contingencias de la encarnación física. Por eso un cuerpo

deficitario, mal nutrido, sometido a la acción depredatoria del ambiente, tenderá a crear condiciones adversas a la libre expansión de la inteligencia, del espíritu. Tanto como las presiones sociales, sean políticas, económicas o de cualquier otra especie, levantan barreras a su crecimiento, manteniéndolo sumergido, indeciso, amedrentado, infeliz.

Las anteriores consideraciones son necesarias porque hay quienes pretenden hacer una división definida, precisa, entre cuerpo y espíritu, durante la encarnación, como si se tratase de dos entidades que apenas se toleran, cuando en verdad lo que hay es una integración “molecula a molécula”. De ahí que el Espiritismo haya postulado, como condición necesaria para el desenvolvimiento espiritual, una sociedad equilibrada, en la cual los factores ambientales sean favorables y no entorpecedores del pleno ejercicio de las facultades del alma.

La libertad es pues esencial para que ello se concrete. Eso está colocado naturalmente dentro de la concepción

espírita del crecimiento del espíritu, a partir de la simplicidad y de la ignorancia. El libre arbitrio es una pieza indispensable, fundamental, para el proyecto de crecimiento individual y colectivo.

El libre albedrío significa para el espíritu la posibilidad de optar entre variables, ejerciendo el derecho de elegir y ejercitar la voluntad como garantía del poder para obrar su decisión. Ahora bien, todas esas actitudes sólo se harán efectivas a partir de una base de conocimiento del porqué, de las razones de un consistente objetivo para la vida.

La capacidad de modificación está directamente relacionada con aquella realidad, sólo se cambia cuando no se está satisfecho con lo que se tiene o donde uno se encuentra y desde que se hallen opciones atractivas, que satisfagan las necesidades que en el momento aparezcan como las más urgentes.

El verdadero cambio supone dos períodos: el primero es el de la decisión, la

cual es instantánea, definidora. A veces fruto de una lenta maduración y también de innumerables experiencias negativas. Pero cuando aparece es tajante, nadie decide mudar imprevistamente.

El segundo estadio es el de la concreción. Ese sí puede ser demorado, porque la decisión de cambiar no transforma lo que es en lo que deseamos que sea. Dicha modificación sigue un camino, una secuencia más o menos larga, conforme sea el poder de ejecución desarrollado en el interior de cada uno.

Si bien es verdad que todo crecimiento es solitario, en el sentido de que los mecanismos de opción, elección, decisión y poder son exclusivamente personales, intransferibles, que nadie los puede ejercer por otro, también es evidente que tal crecimiento sólo puede ser ejercido solidariamente; porque nadie progresá encerrado en sí mismo pero sí relacionado con los demás.

Entonces el Espiritismo también concuerda con que las presiones sociales son instrumentos para acelerar o retardar

la decisión de cambiar que cada uno tiene que tomar a su debido tiempo. Eso es fácilmente constatable.

Lo que se llama consenso, aún equivocadamente, es una proyección de las necesidades individuales, que se transforma en una acción coercitiva, de aprobación o rechazo, que nadie pidió conscientemente, pero que la mayoría, con más o menos rapidez, acaba por aceptar, a veces con alivio.

Por ello es posible identificar períodos significativos en que la sociedad sufre conmociones, precipita decisiones, entra en el caos, revisándose el orden establecido, subvirtiéndose los valores hasta entonces aceptados.

Constatamos ese fermento en las transformaciones mayores, con el correr de los siglos, si bien no en forma linear, sino espiralada, en semicírculos que no se cierran sobre sí mismos, sino que guardan una inclinación ascendente. Ideas lanzadas en un siglo van a fructificar dos

o tres centurias después, porque hay un tiempo de siembra y otro de cosecha. Lo que es también válido para las acciones desequilibrantes, las que, muchas veces, además del trauma momentáneo persisten provocando respuestas contundentes, más adelante.

Hay una cierta unanimidad en considerar los tiempos actuales como sin precedentes en la historia de la humanidad, debido a la multiplicidad de las opciones y oportunidades que devienen de la destrucción de las bases en que la sociedad venía apoyándose en los dos últimos milenios.

Ese espacio vacío, esa indefinición que sigue a la negación de lo que antes parecía tan sólido, provoca una apertura de ideas y opiniones y permite que cada uno se defina, encuentre su objetivo y luche por él. Quienes no hallan dicho objetivo y por tal razón no tienen bandera de lucha, se precipitan en el desequilibrio más evidente, sea cultivando las sensaciones periféricas, en desesperada tentativa por ahogar ese vacío, o sumergiéndose en fugas alienantes.

La primera lección comportamental del Espiritismo es que debemos librarnos de la angustia de la perfección, a fin de que podamos plantearnos nuestra propia imperfección.

Sin esa precaución caeríamos fácilmente en la trampa de la presunción o en el desánimo ante la tarea a ser ejecutada, o sea, la ejecución del cambio decidido. Sólo conviviendo con la realidad de nuestra imperfección, asumiéndola, es que podremos luchar por transformarla en estados gradualmente más equilibrados.

Lo importante es haber tomado la decisión. Saber que no existe una hora final preestablecida, pero sí una hora decisiva, que cada uno percibe y asume. Debe destacarse, por los demás que una determinación que no suponga cambio es falsa, porque ella sólo es cierta cuando se concreta en comportamientos adecuados.

Nos estamos refiriendo a la necesidad de tornar práctica, operante, una visión teó-

rica. Esta, aunque rica en detalles, solamente será válida si puede estimular acciones, actitudes, que supongan conceptos definidos, aún considerando que cada persona es diferente, porque aprovechó en forma distinta las experiencias vividas.

Hablamos de la soledad en que cada uno toma su decisión y de la solidaridad que envuelve su ejecución. De allí la evidencia de que las personas afines formen grupos de opinión que, naturalmente, pasan a ejercer alguna presión social.

Los espíritas forman, ciertamente, un grupo social de presión. A través de comportamientos que evidencian una visión propia, definida, de su doctrina con respecto al hombre y la vida, esa presión es percibida por los demás grupos. Dicha visión es específica en el sentido de que, si bien inserta y actuante en lo cotidiano, se manifiesta dialécticamente, o sea, se coloca como síntesis en el conflicto de las contradicciones espiritualistas y materialistas, personificándose, identificándose.

Es diferente porque es espírita.

Si no hubiese una identificación capaz de señalar “ése es espírita”, “ése no es espírita”, entonces el Espiritismo no habría significado contribución alguna y se diluiría, como una secta más, como una forma particular de culto o de fantasía religiosa.

La cuestión es evidente: sólo la irradiación de núcleos de personas que se manifiestan en la vida espiríticamente, mostrando la naturaleza de la filosofía de vida del Espiritismo, se constituirán en elemento de presión social.

Ahora, esas actitudes no significan merely postura social, un estereotipo, un modelo rígido. Allí reside el punto crucial de la cuestión: ser diferente en forma natural, no por excentricidad, miedo, omisión o distorsión. Ser diferente porque ve, siente, percibe y vive bajo un enfoque propio y definido. Y al mismo tiempo, guardando apertura para la conquista de nuevos valores. Y, lo que mucho importa, sin

asumir posiciones de juzgamiento o de condenación.

El comportamiento típicamente espírita tendrá que ser auténtico, esto es, exteriorizará posiciones y sentimientos interiores, manteniendo la certeza de que sus conocimientos y sensibilidad están en transición en la tentativa de pasar de un nivel inferior a otro superior, sucesivamente.

Esa transición es la parte penosa del proceso de transformación, porque hay tendencia a querer una mudanza súbita, instantánea. Pero al asumirla basada en una filosofía de vida firme y racional, capaz de "enfrentar la razón en cualquier época de la humanidad", se torna menos afflictiva.

Las señales de ese cambio aparecen paulatinamente. Son como mutaciones que se procesan y afloran sin una clara percepción de como acontecen. Pero se muestran a partir del momento en que colisionan con el estado actual de cosas

y situaciones y exigen otras formas de compensación vibratoria, emocional, humana. En ciertas circunstancias se manifiestan como insatisfacción, como una búsqueda compulsiva de salida para la angustia existencial. Y precipitan el conflicto que es, entonces, señal de que la transformación está en marcha, si bien todavía no concretada. Porque la lucha, la crisis, es una predisposición al cambio. Pero la decisión pertenece al espíritu.

La espiritización significa para el individuo que él asume por entero su cuerpo, sus horas, su inteligencia, su sentimiento. Es un descubrimiento que amplifica las propias dimensiones personales. Es como (y eso a veces acontece abruptamente) si se desenvolviesen facultades extrasensoriales capaces de dar a las percepciones ordinarias una estructuración nueva, penetrando niveles de realidad no abordados anteriormente. Es como si consiguiese escudriñar los territorios de su espiritualidad.

Repetimos que esto no es un proceso de sublimación sino de crecimiento tan

equilibrado cuanto sea posible, de las fuerzas intelectivas y del sentimiento. Impónese por cierto, disciplina de la voluntad, cultivo de la razón y acción práctica. En fin, una intensa participación, una salida del "yo" para la integración emotiva con el otro, con el mundo.

Sería, usando expresiones filosóficas, pasar de la condición de "hombre del mundo" a la de "hombre en el mundo".

3

EL ESPIRITA Y EL MUNDO

La visión global del Espiritismo, abrazando desde las causas primarias hasta la armonía del Universo, ofrece elementos capaces de llevar al hombre a situarse en la vida.

Situarse en la vida significa comprender lo que es, lo que está haciendo y cuál es su destino. Ello supone resolver el más intrigante y desafiante problema que las personas afrontan.

Al respecto, las posiciones suelen ser extremas. De un lado la visión fisiológica, que define al hombre como un organismo,

un animal dotado de razón, formando parte del medio ambiente, como un elemento dinámico y sin dudas modelador, actuante, pero sin ser nada más que un producto circunstancial o eventual del proceso biológico. Esa visión, como es obvio, rechaza toda naturaleza extrafísica para las actividades de la inteligencia y el sentimiento. Una y otro serían resultantes de secreciones hormonales y funciones nerviosas todavía no perfectamente conocidas en su causa y esencia, pero que, de todas maneras, limitarían al ser humano al campo exclusivamente físico. El mundo es el comienzo y el fin.

La contrapartida espiritualista proporciona como base para el hombre la existencia del alma. Las distintas corrientes, no obstante, divergen sobre cómo es esa alma, por qué es y hacia dónde va. Como el espiritualismo en general es más bien una creencia, una revelación atomizada por muchos reveladores, no existe una preocupación en ordenar científicamente las ideas. Hay una especulación sobre los orígenes y el

destino humanos. De un modo panorámico las diversas corrientes encaran la vida terrena como un tributo, una especie de caída o degeneración del espíritu o alma, que se rebajaría al contacto con la "materia", entendida como cuerpo con sus funciones biológicas.

Otra es la comprensión espírita: El hombre es considerado por ella como un complejo tridimensional, en que entran el **espíritu**, ser inmortal, inteligente, perfectible, el **periespíritu**, organismo extrafísico, vehículo de manifestación transitoria, compuesto por fluido (modificación de la materia) imponderable para nuestros sentidos, pero real, concreto y circunscrito, cuanto está sometido a la voluntad del espíritu y el **cuerpo físico**, compatible con las vibraciones de orden material, sometido a las leyes de la herencia, pero modelado a partir de las realidades del espíritu.

Tenemos en el hombre entonces, una parte esencial y dos transitorias, ajustadas a las necesidades de mani-

festación del espíritu, en los dos planos de vibración en que se divide la realidad física de la Tierra: plano material ó físico y plano extra-físico o espiritual.

El espíritu es perfectible, o sea, que tiene potencialidad para alcanzar la perfección, que representa el equilibrio total y armónico de los factores creativos que le son propios en relación con la Ley. Para acceder a tal estado el espíritu vive; vive en los dos planos de la realidad de la Tierra. Esto es, encarna, ligándose a un cuerpo sometido a los condicionamientos propios de la materia y desencarna, permaneciendo en el plano extrafísico, ligado al periespíritu.

La Tierra es para el espíritu el local, la "morada de la Casa del Padre", donde ejerce su condición de ser viviente y perfectible. No es lugar de ostracismo, condena o castigo. La sociedad refleja la media evolutiva de los espíritus que aquí viven. El ambiente es adecuado al proceso de crecimiento a que todos están sometidos.

Dentro de ese principio podemos reevaluar la posición del hombre en el mundo y comprender la importancia del mundo para el hombre.

Tal reevaluación es necesaria porque la transitoriedad de la vida terrena no puede ser tomada como un factor de desestímulo o alienación. De hecho que cada uno vive aquí un tiempo muy corto, si bien todo parece indicar que en el futuro la existencia terrena se irá alargando. Hay sin embargo, otros elementos a considerar.

La Tierra es nuestro campo de perfeccionamiento, de crecimiento. Aquí desenvolvemos la pasión que nos conduce a la creatividad, al amor. Como humanidad dominamos a costa de mucho sudor, lágrimas y angustias, todas las latitudes del globo, dilatándole los horizontes. Sacamos, con aciertos y equivocaciones, a la Tierra de la situación de planeta primitivo, embrionario, llevándolo a las conquistas de la civilización actual.

Es verdad que acumulamos errores. Los cuales, entre tanto, no son meramente

proyecciones del pecado, de la maldad. En muchas ocasiones fueron la respuesta natural de la inmadurez de la mayoría, de la inexperiencia generalizada. Aquí, presionados por los desafíos de la vida y por la angustia interior que nos acicateó, desenvolvimos nuestra inteligencia, originamos condiciones para que el pensamiento fluiese cada vez con mayor continuidad, y fuese más productivo, creativo.

En la lenta ascensión para el florecimiento del amor construimos la casa, transformándola en hogar; creamos la familia, elevando el instinto sexual por la dignidad de la paternidad y la maternidad.

Es rutina en las grandes religiones y en los profetas la condenación del mundo, como una serpiente tentadora, presta a enrollarse en el alma, destruyendo sus más caros ideales. El anatema de Sodoma y Gomorra fluye por la boca acusadora de muchos reveladores.

En verdad, pocos tuvieron palabras dóciles y suaves como el Maestro de

Nazareth; el joven predicador de la verdad supo apuntar la magnificencia del lirio del campo y exaltar la bellota del roble.

Si repasamos todas las épocas, veremos como una constante las predicciones del fin del mundo, las esperanzas de un Salvador, las leyendas del fuego eterno, del gran cataclismo, del diluvio. Todo concurriendo en la idea de que la vida es un castigo, una condenación, en lugar de una extraordinaria experiencia de crecimiento y creatividad.

Esas ideas derrotistas, macabras, dolientes, como nos enseña el Espiritismo, forman parte de las reminiscencias profundas de las primeras civilizaciones que poblaron la Tierra. Ellas estaban formadas por espíritus transmigrados de otros planetas, por no haber acompañado el progreso moral de las humanidades en ellos vivientes. Esa brutal diferenciación del ambiente, el trauma de la separación de una realidad superior en relación con las inhóspitas y primitivas condiciones del planeta terreno permitieron y

estimularon las creencias, los mitos, de la caída del espíritu, de la expulsión del paraíso, del pecado original, que todavía hoy forman parte del repertorio mental sedimentado en la mayoría, a pesar de las múltiples encarnaciones y la renovación espiritual de la población.

Al establecer las bases de la Doctrina, Kardec descartó ese aspecto de caída y punición. Justamente esta es una de las tareas del Espiritismo: valorizar la vida, hacer resaltar que el mundo, la Tierra, es obra de Dios, que la materia es uno de los componentes esenciales del Universo y que no puede ser tomada como sinónimo de pecado, mal o prisión.

Esas ideas sobre el “valle de lágrimas”, caída del espíritu, condenación del mundo, pertenecen al conjunto de concepciones inmaduras, simple error de apreciación, justificables a su debido tiempo, pero insustentables hoy. Sería lo mismo que continuar defendiendo actualmente las ideas de Ptolomeo sobre la Tierra y el Sol y mantener la condenación de Galileo por

haber afirmado que nuestro mundo se mueve en el espacio.

La Tierra es nuestra morada, laboratorio en el que investigamos nuestra naturaleza y creamos nuestro futuro. En ella necesitamos construir una sociedad justa, humana, basada en la fraternidad, en el respeto a la dignidad del hombre, con sus derechos inalienables a la libertad, de participación en la riqueza que produce y en las decisiones políticas. En fin, todo el conjunto de necesidades a que se hace acreedora la criatura para desenvolver sus potenciales.

El ser humano se debate en la búsqueda de la felicidad, palabra que encierra un sentido muy relativo, debido a la variedad de apetitos, de expectativas y de circunstancias que delinean el umbral de lo que la felicidad es, en cada momento de la vida.

El Libro de los Espíritus nos da una orientación que nos parece de valor definitivo para nuestro entendimiento. La

encontramos en el ítem N° 922, así formulada por Kardec:

922 - P: La felicidad terrestre es relativa a la posición de cada uno. Lo que es suficiente para la dicha de uno, constituye para otro motivo de desventura. No obstante ello, ¿existe una medida de la felicidad que sea común a todos los hombres?

R: "Con relación a la vida material es poseer lo necesario. Y para la vida moral, la conciencia tranquila y la fe en el futuro".

Tal es la condición a que deberá llegarse para construir un mundo mejor, siendo verdad que nadie confundirá lo "necesario" con la idea de privación, de simple sobrevivencia o como un límite de pobreza o miseria. Se trata, como se observa, de una directriz saludable, claramente en sintonía con las mejores perspectivas del hombre, librándolo del peso de lo superfluo, del consumismo y de todas las extravagancias, que acaban por desgastarlo.

Descartando las ideas punitivas acerca de la vida, el Espiritismo nos muestra que un ansia inembargable domina al individuo, estimulándolo a la procura de niveles vivenciales cada vez mejores, esto es, en los que encuentre el propio equilibrio, se sienta participante, creativo, relacionándose compensatoriamente con los otros, expandiendo su emotividad, en fin, amando.

El espíritu, en su caminata evolutiva, con un comienzo casi exclusivo en el mundo físico, donde se identifica y se siente seguro, aprende por los mecanismos de encarnar - desencarnar - reencarnar, a penetrar, lentamente, en el plano extrafísico inmediato, a los efectos de percibirse como espíritu y cultivar los valores que se combinan con la Ley. La Ley es, en síntesis, la expresión de la voluntad de Dios, en cuyo pensamiento estamos sumergidos y que establece los principios de equilibrio, reciprocidad y compensación en que cada uno y todos precisamos vivir, alcanzando la plenitud interior, o sea, la felicidad.

No pretendemos sintetizar todo el complejo proceso de decisión en que el espíritu se compromete, trazando el rumbo de sus pasos a través del tiempo. Podemos decir, empero, que a partir de un determinado momento adquiere la libertad de escoger, el libre arbitrio, que significa también el nacimiento de la responsabilidad.

De ahí en adelante el uso de los instrumentos de la vida es, cada vez más, de su directa incumbencia. Experimentando necesariamente en el camino de la ignorancia, puede desvincularse o no, desde luego, de actitudes que le comprometan el andar. Es cierto que atraviesa invariablemente los senderos del egoísmo natural y de las pasiones. Hay los que siguen hacia el frente y los que se atrasan. Es de estos últimos que hablaremos. Decir que son mayoría sería precipitarnos en un terreno meramente especulativo.

En ese aprendizaje el espíritu, tanto encarnado como desencarnado, pero en

especial en la primera condición y por lo menos inicialmente, crea principios morales, desencadena procesos de acción y reacción, se sumerge en conflictos emocionales, se ejercita en el orgullo, se estanca en el egoísmo, en ciclos de dificultades, conflictos y respuestas angustiantes, que la vida siempre da. En ese cuadro aparentemente caótico, como el buscador de diamantes entre los cascajos, selecciona primero lentamente y luego cada vez con mayor celeridad las propias emociones, crece en sí mismo buscando la meta del amor, que signifique estados de paz, que le permitan crear, porque sólo en la actividad creativa, aún en su plano inferior, es que la vida se justifica.

Encontramos en la estructura social del mundo fundamentos éticos como, entre otros, la moral cristiana, que establecen conceptos altamente equilibrantes para la vida humana. El comportamiento personal y colectivo resulta sin embargo, igualmente conflictuante con esos valores. ¿Cómo comprender el abandono, individual o colectivo, de tales elementos

positivos, en favor de actitudes negativas y desagregadoras?

El análisis espírita del hombre y de la vida permite desplazar el centro de apoyo de la estructura social hacia dimensiones dinámicas, deshaciendo el circuito cuna-tumba, mostrando el antes y el después del presente, formando enlaces de comprensión del porqué de las cosas.

El espírita ve la sociedad compuesta de espíritus en vías de exteriorizar estados evolutivos propios, en los actos diarios, en las esquematizaciones sociales y percibe las ansias de esos mismos espíritus en buscar, aunque no sea mas que en el plano teórico, comportamientos más satisfactorios, personales y colectivos.

Por eso, el espiritista niega los valores del mundo, en cuanto permanezcan en el nivel de la inmediatez y en el desconocimiento de los componentes espirituales de la vida; esa negación no significa condenación. Niega en el sentido de trascender, de reevaluar y de salir ha-

cia comportamientos renovadores, que exterioricen su manera de ver la vida.

Para conseguir eso, él conforma su propia conciencia y se mantiene en ella independientemente de que sea o no aceptada por la mayoría, porque se sabe minoría, porque entiende que asumió una posición definida y trabaja para concretarla como hecho real en la propia existencia.

4

EL SEXO EN LA VIDA

El problema sexual no puede ser minimizado. Se piensa muchas veces que por el hecho de abordarlo hoy abiertamente, aunque no raramente en forma poco hábil y correcta, el tema está agotado o que no queda nada que agregar.

Nos engañamos en ese aspecto, porque no basta una buena instrucción sobre la acción de las hormonas y órganos genitales para que dominemos el asunto. Más allá de la extensa variedad de emociones, sensaciones y comportamientos que derivan de la sexualidad, una gran mayoría

está desorientada, en déficit, acerca de las cuestiones elementales relativas al tema.

En los últimos años una tupida literatura sobre el sexo ha proliferado. Investigaciones serias y pseudocientíficas se divultan, mientras el cine y el teatro, las revistas y los libros transitan lo pornográfico, en nombre de lo erótico.

En toda esa masa de informaciones y desinformaciones, se fluctúa en torno de la premisa de que toda la tensión sexual, todo desempeño del sexo tienen principio y fin en el organismo. El cuerpo aparece como el instrumento de expresión de la sexualidad.

Anteriormente, por deformación religiosa, el cuerpo era un objeto detestable. La falsa comprensión que idealiza la vida perfecta solamente más allá de la tumba creó el concepto de que el hombre debería “sufrir” con paciencia la injuria de la encarnación y transfirió para el cuerpo la causa de los males y pasiones. La carne es débil, se decía, atribuyendo al organismo la culpa de las decisiones del espíritu.

El cuerpo fué maltratado, despreciado, objeto de sévicia, para purificar el espíritu. La sexualidad se combatió sin tregua. La represión social, la estructura impuesta por las concepciones religiosas, crearon problemas profundos que perdurarán aún por largo tiempo, debido a los traumas desarrollados en la mente imperecedera.

Si hiciésemos un estudio de las motivaciones religiosas, del pecado, el problema sexual aparecería grabado nítidamente. Y la impresión es tan manifiesta que, no obstante toda la publicidad en torno de la cuestión, el sexo es todavía, en la conciencia profunda y en la no tan profunda de las personas, sinónimo de mal, de sucio, de posesión, de goce impuro.

Por haber sido reprimido y sufrido en sí mismo la incomprendión a través de los tiempos, el espíritu pasó a tener respecto del sexo un sentimiento sadomasoquista. Hasta en las canciones populares las frases denotan la relación placer-dolor

en el acto sexual. La cópula es vista, sentido y fantaseada como una forma de sufrimiento-alegría, que se impone a alguien o se inflinge uno mismo.

Otra faceta de esta cuestión es la sexualidad femenina. En los decretos religiosos la misma no existía; la mujer debía contentarse con ser objeto sexual del hombre, para el fin específico de procrear. El goce, el placer, le estaban escatimados en nombre de la moral. Por eso ella se debía comportar estática en el acto sexual, comedida en las caricias. Igualmente las prostitutas, que eran las que rompían las reglas y se entregaban al pecado, no eran realmente libres, ya que también debían colocarse a disposición del hombre.

Ahora se arrojan sobre la mujer toneladas de imágenes, palabras y discursos estimulándola a participar del juego sexual, a usufructuar el goce y tomar la iniciativa, en fin, a asumir el sexo.

Espíritus que se consubstanciaron con la función sexual - femenina por

muchas y muchas encarnaciones, se encuentran ahora en una nueva e insegura situación. La propia estructura coercitiva de la sociedad se rasga ante la sexualidad femenina y ello desencadena otra serie de problemas, porque en la mujer el sexo produce un hijo. Ahí entran las cuestiones explosivas del aborto, de la virginidad, del amor libre y otras.

Como sería de esperar, en esta transición las exageraciones son evidentes. Toda persona reprimida, bloqueada, al liberarse no sabe, no tiene experiencia para utilizar el espacio que se le ofrece. Hay una generalizada inseguridad y profunda confusión en el sector.

La sociedad de consumo quiere vender sus productos, y entonces el sexo es un producto. Claro que el sexo femenino siempre fue objeto de compra y venta. Ahora, empero, esa comercialización no se lleva a cabo sólo entre bastidores, sino abiertamente, de modo que el cuerpo femenino es aún carne codiciada, ofrecida a la concupiscencia masculina y al hedonismo de las mujeres.

Pero el hombre no se sitúa fuera de tales mutaciones; al contrario, no obstante el papel que le está destinado, en verdad el individuo de sexo masculino siempre presentó señales de carencia afectiva y de inseguridad muy expresivas. El pregonado machismo esconde, casi siempre, un déficit y no raramente una contra presión emocional, debida a múltiples factores, inclusive a variaciones de la experiencia sexual, entre lo masculino y femenino, a que el espíritu se somete. Entonces, frente a las nuevas disposiciones del sexo opuesto, el varón se ve ante la contingencia de tener que adaptarse. Aquí también encontramos una transición que precisa ser meditada.

En realidad los conceptos del sexo están en transición, lo que tal vez explique la incidencia del homosexualismo, el cual, aunque estadísticamente no haya en realidad crecido, gana notoriedad porque los homosexuales masculinos, numéricamente mayores que los femeninos, asumen dicha anomalía comportamental, pretendiendo ser una minoría de normalidad específica.

La confusión se generaliza. Una síntesis de tal perturbación puede ser extraída de las expresiones de un homosexual: "Esta sociedad represiva sólo ve al sexo como procreador y desprecia sus efectos de placer y lúdicos". En ella encontramos los elementos de frustración de quien utiliza del sexo sin provecho y la inversión de los elementos fundamentales en el relacionamiento humano. Y divisamos también que lo que se procura en la convivencia sexual no es apenas el gozar del placer, sino algo más, que parejas de hombres y mujeres en vano tratan de conseguir en el connubio homosexual.

Veáse por ejemplo en ese cuadro de conflictos la cuestión del orgasmo, una especie de locura que todos deberán alcanzar si quieren situarse en el punto culminante del placer-sufrimiento. De otro modo el orgasmo, si nos atenemos a las ideas de Wilhelm Reich, una personalidad con toques de genialidad y desequilibrio evidentes, ocupa un lugar cada vez más predominante en la literatura y en la fantasía sexual, sin que el asunto haya sido

tratado con la sensatez necesaria. Y es una carga más que se coloca sobre los hombros de las personas, ahora sueltas entre las leyendas de la frigidez y el orgasmo, entre el hielo y el fuego. También allí el camino intermedio parece ser el más sensato.

Todo lo anterior sería irrisorio si el sexo fuese tan sólo una sensación periférica, que no dejase marcas y no produjese efectos duraderos. Porque, no obstante que los que propugnan la anarquía mental y pretenden reducir la sensibilidad al sensorio digan que las reacciones y problemas morales que rodean a la sexualidad son apenas consecuencias de modelos y valores inculcados por una falsa educación, la verdad es más cruda.

El sexo es emoción que perdura en el espíritu. En el aprendizaje en que nos encontramos él es la forma más constructiva, decisiva, poderosa, para canalizar la emotividad. Como tal, la fuerza sexual ha sido el instrumento de que aquél se ha valido para progresar.

La leyenda de Adán y Eva enuncia bien tal verdad. El símbolo del hombre y la mujer que abandonan la placidez del Edén para encarar la aventura de la construcción del mundo y la realización de sí mismos, a partir de la unión sexual, es un símil de nuestro propio crecimiento.

Basta que nos estudiemos a nosotros mismos y descubriremos esa fuerza extraordinaria, modeladora, cuya carga de energía es resorte propulsor de la creatividad del espíritu, camino único para desenvolver sus potenciales efectivos.

Bajo los efectos del dulce arrullo de la pasión el más hosco de los hombres se transforma en poeta y la mujer en expresión de belleza. Los ojos apasionados ven el cielo con estrellas cantarinas y el simple toque o el apenas mirar, sonroja, excita, inflama, impulsa. Solamente tal arroboamiento hace crecer en el pecho amante el indecible sentimiento de la añoranza y permite descubrir en los ojos de la persona amada mensajes invisibles de comunicación afectiva.

Es fácil comprender que el sexo, como instrumento de la emotividad, tiene también su curva evolutiva. Cuando el espíritu es primario la emoción se concentra en la observación posesiva, en la subyugación del otro. Conforme crece, su sensibilidad se expande y la energía sexual ya no es apenas una palanca que lo impulsa a la posesión pura y simple; es ahora la base para una relación de persona a persona.

Entonces comienza el problema. Porque mientras la sexualidad es un mero proyectarse de energías retenidas, necesitadas de escurrimiento, el sentido moral y las raíces emotivas del espíritu están adormecidos. En el momento en que encuentra el mirar del otro y en él ve la respuesta de su sentimiento, la compensación de su vibración emotiva, se inicia realmente una relación, se conforma el lazo de las afinidades, de las reacciones mutuas.

Por ello es locura juzgar que la cuestión pueda restringirse al simple intercambio

de elementos físicos, o que la realización sexual dependa de una “liberación del cuerpo”. Todos saben, aunque sea instintivamente, que la práctica sexual está ligada a una cadena de interacciones emotivas; y la emoción es la llave del equilibrio o el desequilibrio del espíritu.

Aún más, caeríamos en el lugar común de las machaconas prédicas moralistas si permaneciésemos en meras especulaciones literarias y teóricas, desconociendo la realidad de lo cotidiano, en la que cada uno se enfrenta a sus emociones y a sus angustias.

El espíritu encarnado trae una historia personal, signada por reveses, traumatismos y desvíos. ¿Cuántos han aprendido a gobernarse a sí mismos? Incluso aquellos que más interesados están en alcanzar ese manejo, pasan por indispensables transiciones, porque no existe sublimación emotiva, sino conquista, escalón tras escalón. Lo que no significa, empero, estereotipación o inmutabilidad de las experiencias. Quiérese decir solamente que

pasar de una a otra posición requiere la maduración indispensable, entendiendo los actos de abandonar, aceptar, concretar, en la dirección del punto proyectado.

¿Qué valdría toda la anterior exposición sobre la sexualidad espiritualizada, sobre la inexistencia del sexo diferenciado en la esencia del espíritu, si no tuviéramos medios y modos de conversar, de llevar al joven inflamado de deseo, a los hombres y mujeres en el vértice de las emociones homosexuales, a todos, indistintamente, en conflicto abierto con sus emociones, una contribución capaz de indicar una salida? ¿Y cómo haremos tal cosa si nosotros no aceptamos que el sexo y el acto sexual se conjugan, que el adulterio, las inhibiciones, son constantes que componen un cuadro real, rondando la cabeza inmadura de la mayoría de las personas?

En vano se intentó condenar, anatematizar, esconder la realidad. Toda condenación es contraproducente y no podemos usar escalas de medidas para

analizar el sentimiento humano. No hay sólo dos posiciones definidas: verdadero y falso. Hay factores que necesitan y merecen ser considerados a partir del concepto re-encarnatorio.

No podemos hablar del sexo de los ángeles, porque la leyenda dice que son asexuados, como conviene a cierta moral. Pero debemos hacerlo con respecto al sexo de las personas, femeninas y masculinas. Tenemos que abordar temas como la masturbación, las relaciones prenupciales y en el matrimonio. Hablaremos del placer, del orgasmo, de la procreación, de la transición sexual primaria que enclaustra al espíritu en la manipulación genital, singularizándolo en la cópula, en el poder y en la posesión, manteniéndolo prisionero del círculo vicioso tensión-relajación. También consideraremos todas las formas y medios de liberar la fuerza sexual, por el dominio de sus potencialidades, pero sin inhibiciones, ansiedad o ejercicios angustiantes que originan esos tipos imprecisos, indecisos, cargados de tensión

y que se infantilizan, amedrentan y sufren bloqueos, sublimados por penalizantes aspiraciones de espiritualidad, que se balancean al borde de la homosexualidad, que no pueden asumir y son incapaces de una relación sexual saludable y que se mantienen castos por miedo, encontrando disculpas en pretendidas misiones, para no arriesgarse en la unión conyugal.

El cambio debe hacerse con conciencia de sus fases, de sus incertidumbres, en ejercicios en los que la fuerza sexual se canaliza, en la búsqueda de lo bello, el placer, generando formas o produciendo obras de bien, que es la manera adecuada, correcta y real de dar lugar a que se canalice el poder creativo del espíritu, del cual el sexo hace de instrumento. Eso implica todo un mecanismo de interacciones personales, de comunicación de aprendizaje concienzudo, de reparto de sentimientos, satisfaciendo las necesidades más esenciales del ser.

Tenemos que aceptar la realidad y sobre ella trabajar. Negar que el organismo sea la

causa, principio y fin de la sensibilidad, pero reconocer que es el instrumento disponible y adecuado para el intercambio de elementos emocionales, en una amplia gama de expresión. Que ese cuerpo necesita ser amado, cuidado, tratado, pero no adorado, que el espíritu se manifiesta a través de él, pero no es él.

Es entonces cuando penetra la ética liberadora del Espiritismo. La contribución de la Doctrina en tal campo es extensa, fundamental, en la medida que disloca el punto de apoyo, la centralización en que se localiza el interés emotivo de las personas, sin, empero, colocarlo en posiciones inabordables, insensatas, condenatorias. Disloca en el sentido de orientar la visión acerca de la naturaleza del individuo y la vida, pero manteniéndose en un marco de realidad palpable, de comprensión del aprendizaje evolutivo, sin alienación.

Eso aún es teoría, lo sabemos. Hay, todavía, un límite al que nos debemos atener en esta oportunidad. No tenemos la pretensión de abordar el extenso campo de

la emoción. Este no es el lugar para el análisis profundo de todos los factores que contribuyen a la armonía, equilibrio y desequilibrio de la afectividad del ser. Lo que queremos decir es que quien pretende comandarse a sí mismo necesita aprender a disciplinarse.

Desgraciadamente, palabras como disciplina, control, perfeccionamiento, parecen traer una carga de privación, porque tienen que ser cotejadas con estados de anarquía mental, de retardo evolutivo, de desperdicio de energía. Y, lo que es peor, han sido utilizadas como antagónicas de libertad.

Tal es entonces una situación que debe ser superada. Autodisciplinarse no es un proceso de bloqueo, castración o pérdida. Al contrario, es ordenamiento, disposición inteligente y consciente de las propias energías, para producir el bien deseado.

Es **bien**, es todo conforme a la Ley.

Lo que deseamos dejar en claro es que la Doctrina Espírita nos provee elementos

capaces de ayudarnos a administrar nuestra carga sexual, sin condenaciones, pero también sin condescendencias. No condena porque eso no resuelve; pero tampoco absuelve, por ser ello una actitud inconsistente. Cada uno debe saber que la carga sexual genera conflictos íntimos, que precisan ser resueltos. Y cada uno es siempre responsable por sus actos activos y actos pasivos, o sea, no sólo por lo que hace sino por lo que deja de hacer o induce a hacer, en una reacción circular característica, porque aquí también la intención es factor concreto en el conjunto de los valores.

Se ha discutido mucho sobre normalidad. Frente a la extrema variedad de los niveles de conciencia. ¿Cómo caracterizar a la normalidad en términos de comportamiento?. Puede decirse que hay anormalidad, desequilibrio, siempre que la carga afectiva del interior de cada uno ejerce una presión que desconforma, provoca un estado de suspensión y ansiedad insoportables.

Existe sin lugar a dudas otro lado de la cuestión, que es la interacción social, que se ejercita a su vez procurando niveles de normalidad aceptados por la mayoría. Todavía, tal nivel de normalidad, casi de tipo estadístico, es pasible de múltiples desviaciones, por la interferencia de factores conflictuantes y puede, por ello, variar de acuerdo a la región, cultura y tiempo. En determinadas circunstancias el individuo necesita colocarse en posición contraria a la mayoría, por haber descubierto caminos diferentes. Entonces provoca escándalo, de igual modo, pero en sentido inverso, del que originan los que se sumergen en el cieno de actitudes meramente instintivas y primarias, en medios sociales más adelantados.

Es incontestable, como ya destacamos, que la ética deviene de la filosofía de vida. En el estadio que vivimos hay controversias y posiciones que nos presionan. Como biológicamente, por ejemplo, el hombre está catalogado como un mamífero, muchos abogan porque debe permanecer en el nivel animal en cuanto a la relación sexual.

Otros pretendieron y aún pretenden despreciar el cuerpo, la emoción sexual, considerándolos elementos despreciables, una enfermedad que debe ser curada. Continúan siendo posiciones no equilibradas, ni con la realidad de las personas ni con las necesidades de comunicación que nos impulsan.

No pretendemos indicar que todo está bien y nada debe modificarse o perfeccionarse. Ello como mínimo contradiría todo lo dicho hasta el momento. Nuestro propósito es demostrar que aún es difícil administrar la carga sexual, porque la mente no está munida de suficiente base espírita para analizar cada una de las partes que forman el todo existencial, asignándole el debido valor y utilidad.

Viendo al hombre en su naturaleza espiritual y reencarnatoria, el sexo es su instrumento de construcción del amor. Ello significa que esa emoción debe ser usada de manera edificante, dentro de los valores morales definidos, que la ubiquen como un punto de apoyo y estímulo para

la concreción del proyecto de vida de cada uno. Significa que el sexo debe ser comandado y no comandar la acción del espíritu.

Sin otra pretensión que ofrecer elementos para la meditación e investigación, podemos hacer un listado de algunos ítems que caracterizan a la posición del Espiritismo, en relación al problema sexual.

1) El sexo es fuerza creativa, precisando directivas conscientes para producir el bien y lo bello.

2) En la relación sexual es imperioso considerar el derecho ajeno.

3) La emoción sexual se expande por todo el ser, considerando los aspectos físicos y espirituales y no solamente los genitales.

4) El sexo es la base de la procreación y del placer, pero éste no es sinónimo de deseo, posesión o poder.

5) La relación sexual es tanto más compensatoria y más plena en la medida en que se apoya en la afectividad, en la dignificación del acto, de las personas y del amor.

6) La sede de la sexualidad está en el espíritu y no en el cuerpo. El espíritu no tiene sexo diferenciado, pero se manifiesta, transitoriamente, con expresiones de feminidad y masculinidad.

7) Tanto la feminidad cuanto la masculinidad son, pues, expresiones diferenciadas del mismo sentimiento sexual, manteniéndose en la esfera extrafísica inmediata al plano terreno, debido a las extratificaciónes mentales.

8) Cuando encarnado, el espíritu debe someterse a las limitaciones del sexo biológico, con el que se expresa físicamente en el mundo, comprendiendo que toda diferencia potencial entre su sentir íntimo y la realidad física es señal de aprendizaje tentando el equilibrio, una vez que los abusos en el campo sexual producen

consecuencias profundas en las respuestas de la vida.

9) Las anormalidades del comportamiento sexual producen desequilibrio emotivo, comprometiendo al espíritu. La sexualidad pide dignificación para crear lo bueno y lo bello.

5

RAICES DE LOS VICIOS

Ya esbozamos, cuando tratamos del sexo la cuestión de la normalidad. Por ello al abordar el problema de los vicios, no podemos caer en lugares comunes de condenación, pero necesitamos tratar de entender por qué el espíritu se vicia.

El término vicio es muy amplio. Naturalmente hay un concepto, un criterio social de vicio que se caracteriza por la expresión exterior de actitudes y comportamientos que presentan signos de degeneración del individuo en sí mismo y como parte de un grupo. Algunas veces ciertos vicios están considerados en los

Códigos Penales y sujetos a los dictados de las leyes.

La cuestión es, desde el punto de vista espirita, aún más extensa. Según *El Libro de los Espíritus*, de entre los vicios el más radical es el egoísmo. El asunto es tratado en los ítems 913 y siguientes de esa obra.

Aparentemente nos estaríamos apartando de un análisis concreto del problema al considerar al egoísmo como raíz de todos los vicios. Pero sucede exactamente lo contrario.

Hasta ahora los problemas de los vicios más evidentes, como el alcoholismo, tabaquismo, uso de drogas, han sido tratados de manera superficial, considerando sólo los efectos.

Otros vicios no menos funestos, tales como los que distorsionan la sexualidad aprisionando al individuo a actitudes mentales de intemperancia, descontroles e inhibiciones, reduciéndole el nivel vivencial, son catalogados como

enfermedades de etiología desconocida.

En verdad, el egoísmo tiene relación con todas esas anormalidades; con esas expresiones de comportamiento, que denotan toda una filosofía de vida, toda una estructura existencial. Por eso centralizaremos el abordaje de la cuestión de los vicios en el egoísmo.

Examinemos las posiciones de Allan Kardec y los espíritus que colaboraron con él en la codificación: En la cuestión 913 de *El Libro de los Espíritus* encontramos indicaciones bastante definidas al respecto, como por ejemplo: "Estudiad cada uno de los vicios y veréis que en el fondo de todos hay egoísmo. Por más que los combatáis, no llegaréis a extirparlos mientras no atáqueis el mal en su raíz, destruyendo la causa".

Kardec en las cuestiones 914 y 915 considera al egoísmo en dos situaciones, relacionado con el espíritu: 1) El egoísmo se fundamenta en el sentimiento de interés personal y 2) el egoísmo es inherente a la

personal y 2) el egoísmo es inherente a la especie humana. Por eso él pregunta sobre la posibilidad de que pueda ser extirpado del corazón del hombre y de que se constituya en un obstáculo para el reinado del bien absoluto en la Tierra.

Las respuestas a tales preocupaciones del Codificador, en los cuestionamientos citados y en los siguientes, nos proveen de toda una filosofía de vida y una directriz de como la humanidad se liberará de ese obstáculo.

Fundamentalmente los espíritus que colaboraron en la Codificación, atribuyen a la educación el papel decisivo en la lucha contra el egoísmo. O sea, en el aprendizaje del hombre sobre las cosas espirituales y en la reforma de las instituciones humanas que mantienen y excitan el egoísmo.

En el desenvolvimiento de ese proceso “los espíritus se despojan del egoísmo, como de otras impurezas”, lo que llevará a un nuevo orden social “impelidos por los sentimientos mutuos de solidaridad.

Entonces el fuerte será el amparo y no el opresor del débil y no se verán ya hombres a quienes falte lo indispensable, porque todos practicarán la ley de justicia. Será ese el reino del bien, que los espíritus están encargados de preparar”.

Dicha posición dice bien de los objetivos del Espiritismo y muestra la relación individuo-medio, como raíz de los vicios, porque el egoísmo es tanto un defecto, una impureza, individual como colectiva. Y enseña cómo desde la Codificación, la Doctrina comprendió esas relaciones e influencias reciprocas.

En el proceso educativo a que se refieren los espíritus, el Espiritismo tendrá grande influencia, porque, según la comunicación de Fenelón (Item 917) “El Espiritismo bien entendido, cuando se haya identificado con las costumbres y creencias, transformará los hábitos, usos y relaciones sociales. El egoísmo se asienta sobre la importancia de la personalidad. Pero el Espiritismo adecuadamente comprendido, lo repito, hace que veamos las cosas desde tan alto

que el sentimiento de la personalidad desaparece en cierto modo ante la inmensidad. Al destruir esa importancia de la personalidad, o al menos hacerla ver como lo que de verdad es, el Espiritismo combate necesariamente al egoísmo".

Finalmente, de la lúcida apreciación que Kardec hace, luego de la respuesta a la pregunta 917, conviene resaltar: "El hombre anhela ser feliz y éste es un sentimiento natural. De ahí que trabaja sin pausa para mejorar su situación en el mundo; busca las causas de los males que le aquejan, para ponerles remedio. Cuando llegue a entender bien que el egoísmo es una de esa causas, la que engendra el orgullo, la ambición, la concupiscencia, la envidia, el odio y los celos, que lo perturban en todo momento, que altera las relaciones sociales, provoca disensiones, mina la confianza y le obliga a mantenerse continuamente a la defensiva para con su vecino, que por último hace del amigo un enemigo; cuando comprenda todo esto, repetimos, se dará cuenta también que el vicio del

egoísmo es incompatible con su propia ventura e incluso con su propia seguridad".

Esa posición del Espiritismo en su libro básico es por sí misma tan significativa, que nos permitiría terminar aquí con las consideraciones sobre el problema del vicio, si no tuviésemos necesidad de aplicarlas de manera objetiva al comportamiento humano.

De hecho, muchos podrán preguntar: ¿Qué relación tiene el egoísmo con el problema existencial del joven que se deja vencer por la droga, con el alcohólico tirado en la cuneta y con el fumador que "traga" su cigarrillo? O ¿cómo establecer relaciones entre el egoísmo y el instinto sexual o el vicio del juego?

El egoísmo es llaga que corroe el espíritu y la sociedad. El mismo conduce al individuo a los trastornos emocionales, a las perturbaciones psíquicas, a la inseguridad existencial, que están en la base de los comportamientos viciosos. Es gracias al

egoísmo social, disfrazado de organización política ó económica, que se opriñe al individuo, se marginaliza a las criaturas. Es en favor del concepto de poder y productividad, que se generan las diversas formas de la delincuencia y se produce el auto-flagelo físico y moral, en que muchos caen inapelablemente.

El egoísmo es el que comercializa la droga, la distribuye entre niños y jóvenes; dora la píldora amarga del cigarrillo mediante la fantasía de la propaganda, forzando a la imitación a los mas débiles; torna elegante y parte integral de la alegría y el dolor el consumo de bebidas de alto tenor alcohólico; monta casinos, el juego de quiniela o de cartas. Es también el mismo quien regenta la prostitución, divulga el frenesí de la pasión social, aboga por el libertinaje; en fin, el que busca cada debilidad, cada escondrijo, para institucionalizar el vicio, importándole poco que el espíritu se haga jirones y se destruya.

El egoísmo es tan astuto que creó el machismo, el vencedor, como sinónimo de

dominador, aunque sea a costa de sus más caras energías. Avanzó sobre la mujer, atacándola y estimulándola a creer que solamente por la adopción de ciertos vicios es que se llegaría a realizar socialmente.

No se piense que las anteriores consideraciones eximan al individuo de su responsabilidad. Ya vimos que la interacción entre él y el medio es de tal orden que no se puede, a no ser que sea idealmente, hacer entre ambos una separación, una división definida. Por ello, cualquier modificación sustancial de los vicios tiene que ser simultáneamente encarada en los campos personal y social. El egoísmo se exterioriza en actos de agresión a los demás, pero también de agresión a uno mismo.

No sería inoportuno afirmar aquí que para dejar de ser egoísta es preciso aprender a amar. Y amar es darse.

Ahora bien, el egoísmo nos sugiere que cualquier donación significa una pérdida, porque supone que la seguridad, la felicidad, están en retener, en poseer, en

dominar. De ahí que el tránsito del egoísmo para el altruismo sea una actitud que dependa de una educación que abra al hombre las perspectivas amplias de la vida, imperecedera y dinámica.

Los vicios de toda suerte pueden tener una causa inmediata diferenciada, debido a los estímulos a que cada uno dió cabida, pero reflejan, en última instancia, el egoísmo.

El que "viaja" en alas de la droga, procura un mundo aislado, una soledad de placer, donde pueda huir de sí mismo y de los otros. Incluso el placer aparentemente inocente del cigarro refleja un hedonismo exclusivista, una proyección hacia adentro de imágenes y sentimientos, una barrera aislante. Lo mismo sucede, en grado mayor, cuando hablamos del alcoholismo.

Los vicios sexuales, tanto como la violencia, las revueltas, son otras tantas manifestaciones del morbo egoísta, porque el sexo, desde este punto de vista es una tentativa de placer con sufrimiento del

compañero, un escarnio a las fuerzas creativas, que piden donación. La violencia y la revuelta exteriorizan una fuerza egoísta aún más aguda.

Pero la gran víctima, en última instancia, será siempre el egoísta, que sufre el aislamiento afectivo, la desarticulación de los centros de la sensibilidad y los desequilibrios que se exteriorizan en forma de locuras.

No obstante estar definitivamente comprobado el efecto nocivo del humo para las vías respiratorias y su acción cancerígena aunque informados, millones de seres siguen fumando. El tabaquismo es un vicio social, estimulado por una propaganda continua y representa un poderoso volumen de avasallamiento y captación de impuestos. Para muchos se constituye en un comportamiento compulsivo e insuperable.

El alcoholismo es uno de los más temibles flagelos sociales, no obstante la producción y el consumo de bebidas no

producción y el consumo de bebidas no sufre restricciones de ningún tipo. Millones de individuos penetran el oscuro corredor de ese vicio, que degrada, flagela, destruye física y moralmente a la persona. Inhibiendo la manifestación de la conciencia, destruyendo los tejidos y las actividades del organismo, el alcoholismo es responsable por la producción de una interminable y larga cadena de males, que se esparcen por innumerables seres, relacionados con el adicto.

Tenemos también el vicio del juego, de cualquier naturaleza. El mismo refleja la inmadurez del individuo, que busca trepar posiciones por vía de la suerte. El juego es así una caracterización del egoísmo, en la medida que procura escamotear la fragilidad del individuo que trata de tener el cetro de la victoria o poder, pasando "por encima de los otros", sin el merecimiento de la construcción concreta de la felicidad. Pero, en verdad el jugador es mero instrumento del egoísmo social, de la industrialización secular de la

concupiscencia. Tira su energía, su fibra, su tiempo, comprometiendo el destino.

Finalmente, la toxicomanía. En ella la estimulación de los centros nerviosos, reforzada químicamente produce, en el comienzo, sensaciones de liberación, por la dislocación artificial del periespíritu, llevando a las almas inseguras al nirvana de la imponderabilidad transitoria. Al poco tiempo, empero, el individuo se torna mental y físicamente irreconocible; sus reflejos se atenúan, se turba la inteligencia, la sensibilidad sufre un embotamiento, se desarticulan los centros periespirituales. Es como si se transformase en una ameba gigante, monoideizada, que entra a vivir vegetativamente. No es ya un ser independiente sino una prolongación de sus propias flaquezas.

No podemos, evidentemente, simplificar la causa por la que las personas se sumergen en las profundidades del vicio, diciendo "es egoísmo". Siendo este último inherente a la imperfección, está en la raíz del comportamiento anormal, pero las formas

en cómo cada uno crea esos estados mentales de bajo nivel, esa fijación y envolvimiento en actitudes que lo desfiguran y le quitan la dignidad, son complejas. No sería posible llegar a la raíz misma de los procesos del vicio, como no es nuestro propósito discurrir sobre los caminos difíciles y tortuosos que deberá recorrer quien se disponga a reerguirse, sobreponiéndose al proceso en que estuvo inmerso.

Nos contentaremos con enfatizar que la comprensión espiríta y sus principios vivenciales serán capaces, primeramente, de colocarnos frente al llamado de los vicios en forma crítica y así superarlos, por la manifestación de nuestra actitud ante la vida.

El espirita, en primer lugar, sabe que vivirá eternamente y que el vicio no se circunscribe sólo a los componentes del organismo físico. Sino también a los del periespíritu y, más que ello, le alcanza la médula espiritual. Este hecho determina disfunciones psíquicas y físicas que se

prolongan, en la continuidad de la vida, repercutiendo en la constitución periespíritual y somática en posteriores encarnaciones, constituyéndose en la causal de muchas de las deformaciones presentes en los seres terrenos; conoce, dentro de la visión global que le da la doctrina, qué es, porqué y para qué es; comprende que su cuerpo físico es un santuario, levantado por la Sabiduría Divina, pare servirle de instrumento de crecimiento y que la vida es inflexible, devolviendo invariablemente, con respuestas certeras, las agresiones que sufre.

Claro está que ello por sí mismo no alcanza para eliminar el problema interior pero el sujeto entiende que ya no tiene sentido o significado canalizar sus frustraciones hacia comportamientos flageladores y auto-aniquilantes, porque la realidad es persistente, permanente, confortable o des confortable, conforme a la actitud tomada y vivida.

Entonces, desencantos, desilusiones, angustias, miedo, inseguridad y otros

elementos que generalmente están ligados a los comportamientos viciosos, son canalizados para la producción del bien, o sea, que el espírita sabe que la proyección sobre los demás, la donación, el compartir sentimientos, constituyen remedios eficaces para los descarríos. De otro modo, los únicos caminos útiles, porque son los que producen respuestas compensatorias. Entonces el aprendizaje del “servir” no es más un ejercicio de virtud en el sentido salvacionista, sino una terapia, capaz de devolver el equilibrio perdido y, desde el punto de vista espírita, mostrar perspectivas realmente alentadoras, sustentadoras del esfuerzo de superación de uno mismo.

Es también posible señalar que, a la luz de la filosofía espíritista, la vida se ve valorizada por la creación y participación en el bien, o sea, por la superación del egoísmo, causa profunda de todos los estados depresivos, viciosos y dolientes del alma.

6

ENTRANDO EN ACCION

Para dar un sentido con visos de concreto a todo lo dicho hasta el momento, elegimos la figura de Zaqueo, el publicano, personaje conocido en las narraciones evangélicas y por ello accesible a todos.

“Y habiendo Jesús entrado en Jericó iba andando. Y había allí un varón llamado Zaqueo y éste era uno de los principales publicanos y era rico. Y procuraba ver quien era Jesús y no podía. a causa de la multitud porque era persona de baja estatura. Y corriendo delante del gentío se subió a un sicómoro para verlo, porque

debía pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando para arriba lo vió y dijole: Zaqueo, desciende rápido, porque hoy me conviene hospedarme en tu casa. Y apurándose, bajó y lo recibió con júbilo. Y viendo todo eso, murmuraban diciendo que había entrado en la casa de un hombre pecador. Eriguiéndose Zaqueo dijo al Señor: Señor, he aquí que doy a los pobres la mitad de mis bienes y si en algo estafé a alguien lo indemnizo devolviéndoselo por cuadriplicado. Y le dijo Jesús: Hoy la salvación entró en tu casa, por cuanto éste también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido".

Zaqueo, en los episodios narrados en Lucas, XIX: 1 al 10, se comporta de manera que exemplifica lo que tratamos de decir.

En líneas generales, la situación puede interpretarse de la siguiente manera:

1) El era un cobrador de impuestos, persona expuesta al repudio de los contribuyentes, ya que al mismo tiempo representaba al detestado invasor romano,

así como se aprovechaba de las circunstancias para enriquecerse. 2) No obstante, oyendo y por cierto meditando sobre lo que se divulgaba respecto de la Doctrina de Jesús de Nazareth, decidióse a confirmar personalmente tales principios. 3) Era de corta estatura, factor que le estorbará para el contacto directo con el Maestro; ello empero no constituyó obstáculo porque, consciente de lo que pretendía, no titubeó en treparse a un árbol para ver al nazareno. 4) Cuando se estableció el contacto entre él y Jesús hubo un diálogo maduro. De un lado el Maestro, despreciando una vez más los prejuicios, las apariencias, para conocer, percibir, estimular lo real, lo intrínseco, el espíritu; del otro Zaqueo, desarrollando su conciencia, no actuando solo como un recaudador de impuestos, actividad que posiblemente no abandonara, sino preocupado en establecer criterios de comportamiento que equilibrasen su propio yo.

Fue por esa actitud que Jesús debe haber dicho: "Hoy la salvación entró en esta

casa", lo que puede ser entendido como: Hoy tu has comenzado a introducirte en el comando de tu destino discerniendo factores, estableciendo prioridades y sobre todo actuando.

Porque la decisión de Zaqueo era conceptual y práctica. Actuó en el campo interior, en cuanto a mudanza de criterios y objetivos, pero también en la acción directa, cuando se dispuso a resarcir, reparar injusticias, a compartir valores, tanto morales como monetarios.

Esquematizando las actitudes de Zaqueo podemos hacer un análisis de las situaciones de comportamiento, a partir de los verbos empleados en la narración:

- Corrió frente a la multitud
- Subió a un árbol para ver
- Descendió inmediatamente
- "Doy mitad de mis bienes"
- "Indemnizolos con el cuádruplo"

Se trata de verbos activos todos.

Correr significa apurarse para alcanzar un objetivo, tener apuro para superar un atraso.

Subir es una acción que exige esfuerzo, determinación, conciencia de lo que se pretende. Es elevarse a una posición más alta; colocarse en una condición más favorable para analizar los factores.

Desapegándose de su posición económica, social, familiar, colocándose tan sólo como una persona, Zaqueo alcanzó la condición de Ver, que no significa apenas mirar, sino una actitud existencial, cargada de significados morales y conscientes. Zaqueo no pretendió apenas distinguir la figura física de Jesús de Nazareth, trataba de penetrar el sentido de su doctrina.

Al descender del árbol, Zaqueo se preparaba para informarse de la doctrina del Maestro. Era condición para hacer posible el contacto, el análisis. Si se quedaba en el sicómoro, si no aceptaba el convite para hablar, comprender, sentir y meditar sobre las propuestas que Jesús le traía, habría bloqueado la comunicación. Descender, en el caso, significó abandonar una posición fuera de nivel, para colocarse en sintonía, o sea, despojarse de prejuicios,

ideas cristalizadas, para permitir el libre juego del raciocinio y poder penetrar en lo que el otro dice. Fue lo que Zaqueo hizo. De no haber bajado, sólo habría posado su mirada en Jesús, pero nunca lo hubiese visto realmente.

Dar es una actitud clave para cualquier programa de vida que pretenda desenvolver los potenciales del espíritu. La donación es una forma actuante de participación, única salida para el cerco del egoísmo. Sin que la persona aprenda a dar, a brindarse, jamás completará ningún ideal, porque salir de uno mismo es una condición sin la cual todo proyecto es una mera formulación teórica.

Por fin, indemnizar es una actitud madura de reflexión respecto de los propios pasos, presentes y pasados, de manera que en el futuro sea posible el equilibrio. Significa reparar, corregir, proveer medidas para salir de una situación deficitaria, creada por el agente indemnizador con respecto al indemnizado. Hay entonces necesidad de indemnizar afectos, tiempo, oportunidades,

para que el equilibrio se produzca, a partir de la reconciliación consigo mismo y con los otros.

En fin, Zaqueo asumió su imperfección por entero; convivió con ella.

Pero en lugar de alimentar la frustración con quejas, lamentaciones y lágrimas, concibió un proyecto de vida, de tal modo que, al hacerlo efectivo, se hubiese vencido a sí mismo.

Su actitud era apenas un comienzo. Su decisión fue estimulada por la presencia de Jesús ciertamente, pero mucho más por los conceptos de vida que El traía.

Concibió un proyecto partiendo de lo que tenía. Resolvió lanzarse hacia afuera, romper el vallado. Para ello no dio importancia a lo que pudieran decir familiares, amigos, enemigos, en fin, la sociedad. La elección era de él y él la hizo.

Como bien dice el texto “la salvación entró”; quiere decir que se introdujo, invadió

el interior. Lo que él hizo de allí en adelante, cómo consolidó su proyecto, cómo lo revisó y concluyó, es cuestión en suspenso. La única certeza que tenemos es que, si perseveró en sus propósitos, si luchó contra el desánimo y si pudo autoesclarecerse para entender la vida en un sentido amplio, espiritual, inmortal, ciertamente se venció a sí mismo.

Es lo que cada uno puede hacer. Ahora.

INDICE

Introducción-----	5
Un personaje en transición--	11
El proceso de crecimiento---	23
El espírita y el mundo-----	39
El sexo en la vida-----	55
Raíces de los vicios-----	77
Entrando en acción-----	93

Esta obra se terminó de imprimir el día 30 de
junio de 1994, en los talleres de
EPSILON LIBROS S.R.L.

La edición consta de 2.000 ejemplares